

Para ampliar el canon de la producción *

Boaventura de Sousa Santos

César Rodríguez

Como demuestra la reciente consolidación de numerosos movimientos y organizaciones de todo el mundo que pugnan por una globalización contrahegemónica, los diversos siglos de predominio del capitalismo no lograron disminuir la indignación y la resistencia efectiva a los valores y prácticas que constituyen su núcleo central como sistema económico y forma de civilización. De hecho, la historia del capitalismo –desde su aparición, Wallerstein (1979) lo llamó «el largo siglo XVI»– es también la de las luchas de resistencia y de la crítica a esos valores y prácticas. Desde el combate de los campesinos ingleses contra su integración forzada a las fábricas protocapitalistas, provocada por la apropiación privada de las tierras comunales, en el siglo XVIII, hasta las luchas contemporáneas de las comunidades indígenas en los países semiperiféricos o periféricos contra la explotación de sus territorios ancestrales, pasando por todo tipo de movimientos obreros, el capitalismo ha sido constantemente enfrentado y desafiado. Estos retos han ido acompañados de una vasta tradición de pensamiento crítico –desde el pensamiento asociativo de Saint-Simon, Fourier y Owen en Europa, en el siglo XIX, hasta la reivindicación de un desarrollo alternativo o, incluso, el rechazo de la idea de desarrollo económico en los países periféricos o semiperiféricos, en el siglo XX, pasando por la crítica marxista del capitalismo industrial– que impulsó el debate sobre formas de sociedad más justas que sean alternativas viables a las capitalistas (Macfarlane, 1998). Al imaginar y luchar por sociedades en las cuales se elimine la explotación, o por lo menos se

* Introducción del texto “Producir para vivir” Los caminos de la producción no capitalista. Comp. de Boaventura de Sousa Santos; Trad. de Eliseo Rosales y Mario Morales. México: FCE, 2011.

reduzca drásticamente, las prácticas y teorías críticas del capitalismo –añadidas a otras cuyo objetivo son formas diferentes de dominación, como el patriarcado y el racismo– mantuvieron viva la promesa moderna de emancipación social.

Al inicio del siglo XXI, la tarea de pensar y de luchar por opciones económicas y sociales es particularmente urgente por dos razones relacionadas entre sí. En primer lugar, vivimos en una época en que la idea de que no hay alternativas al capitalismo logró un grado de aceptación que probablemente no tiene precedentes en la historia del capitalismo mundial. En efecto, a lo largo de las dos últimas décadas del siglo XX, las élites políticas, económicas e intelectuales conservadoras impulsaron con tal agresividad y éxito las políticas y el pensamiento neoliberales que la idea tatcheriana, según la cual «no existe alternativa» alguna al capitalismo neoliberal, ganó credibilidad, incluso entre los círculos políticos e intelectuales progresistas.

Las décadas precedentes avivaron y reavivaron la «utopía del mercado autorregulado» (Polanyi, 1957) que había dominado en el siglo XIX. Con todo, al contrario de lo que sucedió en el siglo XIX, el resurgimiento de esta utopía bajo la forma de neoliberalismo contemporáneo no fue acompañado por la reactivación simultánea de las luchas y del pensamiento crítico, que pasaron a la defensiva y se tienen que reinventar y reorganizar. Esta situación empezó a cambiar en los últimos años con el renacimiento del activismo a favor de una globalización contrahegemónica, que incluso comenzó a desarrollar formas de coordinación, como el Primer Fórum Social Mundial en Porto Alegre, a finales de enero de 2001. Dado que, como observó Polanyi con claridad, las instituciones que encarnan la utopía del mercado autorregulado «no podrían existir por mucho tiempo sin aniquilar el material humano y natural de la sociedad [porque] habrían destruido físicamente al hombre y devastado el ambiente» (1957:3), la idea de que no hay salidas no predominaría por mucho tiempo. Luego de que la globalización neoliberal fue eficazmente puesta en duda por

múltiples movimientos y organizaciones, una de las tareas urgentes consiste en formular propuestas económicas concretas, que sean al mismo tiempo emancipadoras y viables y que, por eso, proporcionen un contenido específico a los planteamientos de una globalización contrahegemónica. La reinención de las formas económicas alternativas es urgente porque, en contraste con los siglos XIX y XX, al principio del nuevo milenio la alternativa sistémica al capitalismo, representada por las economías socialistas centralizadas, no se muestra viable ni deseable.

El autoritarismo político y la inviabilidad económica de los sistemas económicos centralizados fueron dramáticamente expuestos por el colapso de éstos a fines de los años ochenta y principios de la década de 1990 (Hodgson, 1999). Incluso aquellos que, ante la evidencia del autoritarismo y lo inaceptable de este sistema, persistían en la posibilidad de *una* alternativa al capitalismo (es decir, el socialismo centralizado) fueron obligados a pensar de otra forma. Para quienes, como a nosotros, los sistemas socialistas centralizados no ofrecían una opción emancipadora del capitalismo, la crisis de éstos creó la oportunidad de recuperar o inventar rutas (en plural) que apuntaran hacia prácticas y formas de sociabilidad anticapitalistas. Como se verá en el estudio que presentamos, estas alternativas son mucho menos grandiosas que la del socialismo centralizado, y las teorías que les sirven de base son menos ambiciosas que la creencia en la inevitabilidad histórica del socialismo que dominó el debate del marxismo clásico. De hecho, la viabilidad de tales opciones, por lo menos a corto y mediano plazo, depende en buena medida de sobrevivir en el contexto del dominio del capitalismo. Entonces, lo que se pretende es centrar simultáneamente la atención en la factibilidad y en el potencial emancipatorio de las múltiples alternativas que se han formulado y practicado un poco por todo el mundo y que representan formas de organización económica basadas en la igualdad, la solidaridad y la protección del ambiente.

Este espíritu es el que inspira este trabajo introductorio y los estudios de caso incluidos en el presente volumen. La insistencia en la viabilidad de

las alternativas no implica, con todo, una aceptación de lo que existe. La afirmación fundamental del pensamiento crítico consiste en la aserción de que la realidad no se reduce a lo que existe. La realidad es un campo de posibilidades donde tienen cabida opciones que fueron marginadas o que ni siquiera se intentaron (Santos, 2000: 23). En este sentido, la función de las prácticas y del pensamiento emancipadores consiste en ampliar el espectro de lo posible por medio de la experimentación y de la reflexión sobre proposiciones que representen formas de sociedad más justas. Al apuntar más allá de lo que existe, estas formas de pensamiento y de práctica ponen en duda la separación entre realidad y utopía y formulan propuestas lo suficientemente utópicas para representar un desafío al *statu quo*, y suficientemente reales para no ser descartadas con facilidad por inviables (Wright, 1998). El espectro de posibilidades resultante es mucho más amplio que aquel que muchos partidos y pensadores de izquierda defendieron en los últimos años. En América Latina, por ejemplo, una corriente influyente de la izquierda, cuyas ideas fueron resumidas en los trabajos de Unger y Castañeda¹, ofrece como alternativa al sistema capitalista únicamente variaciones ya conocidas. En palabras de Castañeda, las opciones viables para la izquierda se limitan a promover el sistema capitalista «con las variaciones, reglamentaciones, excepciones y adaptaciones que las economías de mercado de Europa y Japón incorporaron a lo largo de los años» (1993: 42). Como mostraremos en el balance de las experiencias y las diferentes teorías económicas que presentamos más adelante, el predominio del capitalismo no reduce la amplitud de posibilidades a las referidas variaciones. Por el contrario, esta gama de posibilidades incluye maneras de concebir y organizar la vida económica que implican reformas radicales dentro del capitalismo, basadas en principios no capitalistas o que apuntan, incluso, hacia una transformación gradual de la economía en formas de producción, intercambio y consumo no capitalistas.

1 Véase, por ejemplo, el documento «Una alternativa latinoamericana», producido por un grupo de políticos latinoamericanos (entre ellos, los ex presidentes de Chile, Ricardo Lagos, y de México, Vicente Fox) convocado por Unger y Castañeda, en Buenos Aires, en noviembre de 1999, <<http://www.robertounger.com/latemative.htm>>.

Cualquier análisis que, como el nuestro, procure subrayar y evaluar el potencial emancipatorio de las propuestas y experiencias económicas no capitalistas que se han hecho por todo el mundo debe tener en cuenta que, frente a su carácter antisistémico, esas experiencias y propuestas son frágiles e incipientes. Por eso analizamos las alternativas con base en una perspectiva que se puede llamar «hermenéutica de las emergencias» (Santos, 2001), es decir, que interpreta de manera envolvente la forma como las organizaciones, movimientos y comunidades resisten la hegemonía del capitalismo y se adhieren a opciones económicas basadas en principios no capitalistas. Este enfoque amplía y desarrolla las características emancipadoras de estas propuestas para tornarlas más visibles y creíbles. Esto no implica que la hermenéutica de las emergencias renuncie a analizarlas rigurosa y críticamente. No obstante, el análisis y la crítica procuran fortalecerlas, y no propiamente disminuir su potencial.

Antes de que avancemos en el análisis de las iniciativas y propuestas concretas, es necesario precisar las expresiones utilizadas en las discusiones sobre estos temas. A falta de un término mejor, las prácticas y teorías que desafían al capitalismo son frecuentemente calificadas como «alternativas». En este sentido, se habla de una globalización alternativa, de economías alternativas, de desarrollo alternativo, etc. Existen razones para cuestionar la conveniencia política y teórica de utilizar este adjetivo –calificar algo como alternativo implica, desde luego, ceder terreno a aquello a lo que se pretende oponer, lo que, de esta manera, reafirma su carácter hegemónico–. Sin embargo, pensamos que, en vez de un cambio de lenguaje, lo que se exige al inicio de una interrogación que procura teorizar y volver visible el espectro de alternativas es formular la pregunta obvia: ¿alternativo en relación con qué? En otras palabras, ¿cuáles son los valores y prácticas capitalistas que esas alternativas critican y procuran superar? A pesar de la amplitud de esta pregunta –que, de hecho, apunta a uno de los temas centrales de las ciencias sociales, es decir, la caracterización del capitalismo como fenómeno económico y social–, es necesaria por lo menos una breve respuesta para definir el sentido de la exposición que sigue. Y así lo

haremos porque el objetivo central es, precisamente, presentar un mapa y un conjunto de tesis sobre la trayectoria y las posibilidades actuales de las prácticas y visiones del mundo inspiradas en los principios capitalistas. Al plantear la pregunta y los términos de nuestro argumento de forma general, esperamos que esta introducción sirva como telón de fondo y preparación para la lectura de los estudios de caso incluidos en este libro y que discuten, a partir de diferentes ángulos y experiencias diversas, en qué grado las iniciativas escogidas para el análisis constituyen alternativas económicas emancipadoras.

Tradicionalmente, las líneas de pensamiento crítico subrayan tres características negativas de las economías capitalistas. En primer lugar, que produce sistemáticamente desigualdades de recursos y de poder. En la tradición marxista, el efecto que figura en el centro de las críticas es la desigualdad económica y de poder entre las clases sociales. La separación entre capital y trabajo y la privatización de los bienes públicos actúan como motores que producen rendimientos desiguales y relaciones sociales marcadas por la subordinación del trabajo al capital. Las mismas condiciones que hacen posible la acumulación generan desigualdades dramáticas entre las clases sociales de cada país y entre países en el sistema mundial. La tradición feminista concentra sus críticas en cómo las diferencias de clase refuerzan las diferencias de género y, por lo tanto, en la forma en que el capitalismo contribuye a reproducir la sociedad patriarcal. De igual modo, las teorías críticas de base racial subrayan la manera en que la opresión entre razas y la explotación económica se alimentan mutuamente. En segundo lugar, las relaciones de competencia que exige el mercado capitalista producen formas de sociabilidad empobrecidas, basadas en el beneficio personal y no en la solidaridad. En el mercado, el motivo inmediato para producir e interactuar con otras personas es «una mezcla de codicia y de miedo [...] Codicia, porque las otras personas son vistas como posibles fuentes de enriquecimiento, y miedo, porque ellas son vistas como amenazas. Éstas son formas horribles de mirar hacia los otros, independientemente de que ya estamos acostumbrados a ellas, como resultado de siglos de capitalismo» (Cohen, 1994: 9).

Esta reducción de la sociabilidad al mero intercambio y beneficio personal está en el centro del concepto de alienación de Marx y es la que inspira críticas y propuestas contemporáneas que procuran ampliar los ámbitos en que el intercambio se basa en la reciprocidad y no en las ganancias monetarias –como las economías populares estudiadas por Quijano (1998) en América Latina– o disminuir la dependencia de las personas en relación con el trabajo asalariado, de tal forma que no sea necesario «perder la vida para ganar la vida» (Corz, 1997). En tercer lugar, la explotación creciente de los recursos naturales en todo el mundo pone en peligro las condiciones físicas de vida en la Tierra. Como hicieron visible las teorías y movimientos ecologistas, el grado y el tipo de producción y consumo exigidos por el capitalismo no son sustentables (Daly, 1996; Douthwaite, 1999). El capitalismo tiende a agotar los recursos naturales que permiten su propia reproducción (O'Connor, 1988). Contra la posibilidad de destrucción de la naturaleza, los movimientos ecologistas propusieron una amplia variedad de alternativas, que van desde la imposición de límites al desarrollo capitalista hasta el rechazo de la propia idea de desarrollo económico y la adopción de estrategias antidesarrollo, basadas en la subsistencia y en el respeto a la naturaleza y a la producción tradicional (Dietrich, 1996).

En la práctica, ciertamente, las críticas y las alternativas formuladas a estas características del capitalismo tienden a combinar más de una de las líneas mencionadas. Por ejemplo, el ecofeminismo promovido por movimientos de mujeres en la India articula la crítica y la lucha contra el patriarcado con la preservación del ambiente (Shiva y Mies, 1993). De igual forma, las cooperativas no sólo buscan la remuneración igualitaria de los trabajadores-dueños de las empresas cooperativas, sino también la creación de formas de sociabilidad solidarias basadas en el trabajo colaborativo y en la participación democrática para la toma de decisiones sobre las empresas. Aun en el mismo contexto, propuestas como la creación de una renta mínima universal, acompañada de la disminución del horario de trabajo, no procuran establecer tan sólo un nivel de bienestar material básico, sino también liberar tiempo para el desarrollo de sociabilidades y

habilidades diferentes de las que son exigidas por el mercado (Van Parijs, 1992).

El mapa de iniciativas y de visiones económicas alternativas que presentamos más adelante, así como el conjunto de experiencias analizadas en los estudios de caso incluidos en este volumen, es muy variado. Como se verá, los estudios de caso incluyen desde organizaciones económicas populares constituidas por los sectores más marginados en la periferia hasta cooperativas prósperas en el centro del sistema mundial. No obstante, al criticar y procurar superar, en mayor o menor escala, las características del capitalismo ya analizadas, estos tipos de experiencias tienen en común, aunque no pretendan sustituir el capitalismo de un solo golpe, que tratan (con resultados dispares) de hacer más incómoda su reproducción y hegemonía. Los múltiples tipos de iniciativas que incluimos en nuestro mapa crean espacios económicos en los que predominan los principios de igualdad, solidaridad o respeto a la naturaleza. De acuerdo con el primer principio, los frutos del trabajo se distribuyen de manera equitativa entre sus productores y el proceso de producción implica la participación de todos en la toma de decisiones, como en las cooperativas de trabajadores. Gracias al principio de solidaridad, lo que una persona recibe depende de sus necesidades y la contribución depende de sus capacidades. De esta manera funcionan, por ejemplo, los sistemas progresivos de tributación y transferencias cuya creación o defensa, en el contexto de la globalización neoliberal, constituye una propuesta alternativa al consenso económico hegemónico. En este principio se inspira también el movimiento de *fair trade* (comercio justo), en el que el precio que pagan por un producto los consumidores del norte contribuye, efectivamente, a la remuneración justa en el sur. En nombre de la protección al ambiente, la escala y el proceso de producción se ajustan a imperativos ecológicos, incluso cuando éstos contrarían el crecimiento económico.

La escala de las iniciativas es igualmente variada. Las alternativas incluyen desde pequeñas unidades de producción locales –como las cooperativas de

trabajadores de los barrios marginados en los países de la periferia del sistema mundial— hasta propuestas de coordinación macroeconómica y jurídica global que garanticen el respeto a los derechos laborales y ambientales mínimos en todo el mundo, pasando por tentativas de construcción de economías regionales basadas en principios de cooperación y solidaridad.

Frente a semejante diversidad, las alternativas varían mucho respecto a su relación con el sistema capitalista. Mientras unas (por ejemplo, las cooperativas) son compatibles con un sistema de mercado e incluso con el predominio de las empresas capitalistas, otras (por ejemplo, las propuestas ecológicas antidesarrollo) implican una transformación radical o incluso el abandono de la producción capitalista. No obstante, pensamos que es importante estudiar estas iniciativas por dos razones distintas: resistir la tentación de aceptarlas o rechazarlas con un criterio simplista que equilibre exclusivamente si éstas ofrecen alternativas radicales al capitalismo. Por un lado, este simple criterio de (des) calificación encarna una especie de fundamentalismo alternativo que puede cerrar las puertas a propuestas que, aunque dentro del capitalismo, abren las posibilidades a transformaciones graduales en direcciones no capitalistas y crean enclaves de solidaridad en el seno del capitalismo. Más que de la vieja dicotomía entre reforma y revolución, se trata, como afirma Gorz (1997), de aplicar reformas revolucionarias, es decir, emprender reformas e iniciativas que surjan dentro del sistema capitalista en que vivimos, pero que faciliten y proporcionen credibilidad a organizaciones económicas y de sociabilidad no capitalistas. Por otro lado, semejante criterio estricto de evaluación de las alternativas implica, en último análisis, una hermenéutica del escepticismo y no de la emergencia, que acaba por rechazar todo tipo de experimentación social al estar siempre contaminado por el sistema dominante. Ya que ninguna de las propuestas viables representa una alternativa sistémica al capitalismo (o sea, una organización micro o macroeconómica integral, basada exclusivamente en valores de solidaridad, igualdad y protección del ambiente), las opciones con que contamos tienen relaciones directas o indirectas con los mercados locales, nacionales y hasta internacionales. En

otras palabras, aunque sepamos cómo hacer que funcione una economía basada en el interés individual (es decir, en el mercado), si no aprendemos cómo hacerlo con una economía fundada en la generosidad (Cohen, 1994), las iniciativas no representan nuevas formas de producción que sustituyan a la forma capitalista. Con todo, eso no les quita relevancia ni potencial emancipador. Al encarnar valores y tipos de organización opuestos a los del capitalismo, las opciones económicas generan dos efectos de gran contenido emancipador. En primer lugar, en lo individual implican frecuentemente cambios fundamentales en las condiciones de vida de sus actores, como muestran los estudios sobre la transformación de la situación de los recolectores y recicladores de basura en la India y en Colombia, analizados respectivamente por Bhowmik y Rodríguez en este volumen. En segundo lugar, en el ámbito social, la difusión de experiencias con buen éxito implica la ampliación de los campos sociales en que operan valores y formas de organización no capitalistas. En algunas situaciones –como en el caso del complejo cooperativo Mondragón, en España, que tiene influencia sobre una región entera (Whyte y Whyte, 1988)–, el alcance de las iniciativas es tal que transforma de manera considerable los patrones de sociabilidad y los resultados económicos. Al enfrentarse a partir de la perspectiva de una hermenéutica de las emergencias, estas experiencias guardan, de hecho, la promesa de transformaciones a mayor escala en la dirección de formas de sociabilidad y organización económica no capitalistas.

Con base en la caracterización general delineada nos concentraremos en las formas de *producción* no capitalistas que constituyen el tema específico de los estudios incluidos en este libro². Para ello, dividimos la parte restante

2 La razón por la que nos concentramos en las alternativas de producción –y no tratamos, por ejemplo, las alternativas igualmente importantes que tienen que ver con la distribución y el consumo (como las formas de comercio justo o *fair trade*) o la redistribución de la renta (la creación de una renta mínima universal)– es puramente pragmática. Toda vez que un mapa general de alternativas económicas rebasa claramente los límites de este texto, y que los trabajos incluidos son estudios de caso sobre alternativas de producción, nos restringimos a la esfera de la producción. Sin

de esta introducción en tres secciones. En la primera presentamos un mapa no exclusivo de propuestas y líneas de pensamiento sobre producción no capitalista. El objetivo central es establecer coordenadas generales para articular las múltiples iniciativas que se llevan a cabo, tanto en el centro como en la semiperiferia y en la periferia del sistema mundial y, en especial, las experiencias analizadas en los capítulos siguientes. Distinguimos tres grandes vertientes de pensamiento y de experimentación productiva no capitalista: a) exploramos brevemente el cooperativismo y otras propuestas que se basan en teorías sociales asociativistas, como el socialismo de mercado; b) investigamos las múltiples formas de organización económica de sectores populares en la semiperiferia y la periferia del sistema mundial, principalmente en actividades económicas informales, enunciadas en los estudios y las políticas sobre desarrollo alternativo; c) aludimos a las múltiples propuestas formuladas con particular vigor en los últimos años por el movimiento ecologista, que ponen en duda la propia idea de crecimiento económico y que, por consiguiente, representan alternativas al desarrollo económico. Estas tres líneas de alternativas de producción no se excluyen mutuamente y, de hecho, en la práctica ocurren de forma híbrida (por ejemplo, las iniciativas de desarrollo alternativo en la semiperiferia y en la periferia frecuentemente incluyen la creación de cooperativas de productores). En la segunda y tercera secciones relacionamos el mapa presentado en la primera con los estudios de caso analizados. Para ello, en la segunda sección resumimos los estudios de caso y en la tercera, como conclusión, enunciarnos nueve tesis, las cuales pensamos que captan los asuntos y dilemas comunes a los casos. Por nuestro interés en impulsar el debate sobre las formas de producción no capitalistas, enunciarnos estas tesis por medio de fórmulas cortas para discusión, que sintetizan nuestra

embargo, uno de los factores esenciales para el avance de las alternativas de producción es su articulación con alternativas económicas progresistas relacionadas con la distribución, el consumo, la redistribución de recursos, las políticas de inmigración, la protección de los derechos laborales y ambientales, etc. Las alternativas de producción sólo pueden sustentarse y expandirse cuando entran en un círculo virtuoso otras alternativas en el campo económico y otros campos sociales.

lectura de los capítulos incluidos en este libro y la nueva visión de los desafíos que enfrentan las formas alternativas de producción en el contexto de la globalización contemporánea.

1. UN MAPA DE ALTERNATIVAS DE PRODUCCIÓN

Las formas de cooperativas de producción

La tradición cooperativa

La búsqueda de alternativas, ante los efectos excluyentes del capitalismo, a partir de teorías y experiencias basadas en la asociación económica entre iguales y en la propiedad solidaria, no es una tarea nueva. El pensamiento y la práctica cooperativista modernos son tan antiguos como el capitalismo industrial. De hecho, las primeras cooperativas surgieron alrededor de 1826, en Inglaterra, como reacción a la pauperización provocada por el cambio masivo de campesinos y pequeños productores en trabajadores de las fábricas pioneras del capitalismo industrial. Fue también en Inglaterra donde surgieron las que serían el modelo del cooperativismo contemporáneo: las cooperativas de consumidores de Rochdale, fundadas a partir de 1844, y cuyo objetivo inicial era oponerse a la miseria provocada por los bajos salarios y a las condiciones inhumanas de trabajo, por medio de la procuración colectiva de bienes de consumo baratos y de buena calidad para venderlos a los trabajadores. Las primeras cooperativas en Francia las fundaron los obreros alrededor de 1823, después de organizar protestas contra las condiciones inhumanas de trabajo en las fábricas donde laboraban, cuando decidieron crear y administrar colectivamente sus propias fábricas (Birchall, 1997: 21). Estas primeras experiencias surgieron por influencia de las teorías pioneras del asociativismo contemporáneo. En Inglaterra, el pensamiento de Robert Owen, quien participó directamente en la fundación de las primeras comunidades cooperativas, contribuyó a la tradición intelectual cooperativa. Las ideas asociativas en Inglaterra

siguieron desarrollándose a principios del siglo XX, particularmente a través de la contribución de Harold Laski, R. Tawney y G. Cole (Macfarlane, 1998: 7). En Francia, las teorías asociativistas de Charles Fourier y de Pierre Proudhon inspiraron el establecimiento de las primeras cooperativas de trabajadores.

Desde sus orígenes en el siglo XIX, el pensamiento asociativista y la práctica cooperativa se desarrollaron como alternativas tanto al individualismo liberal como al socialismo centralizado. Como teoría social, el cooperativismo está basado en dos postulados: por un lado, la defensa de una economía de mercado con principios no capitalistas de cooperación y mutualidad y, por otro, la crítica al Estado centralizado y la preferencia por formas de organización política pluralistas y federalistas, que dieron un papel central a la sociedad civil (Hirst, 1994: 15). Como práctica económica, se inspira en los valores de autonomía, democracia participativa, igualdad, equidad y solidaridad (Birchall, 1997: 65). Estos valores quedan asentados en un conjunto de siete principios, que han guiado el funcionamiento de las cooperativas de todo el mundo desde que su versión inicial fue enunciada por los primeros cooperativistas contemporáneos, los pioneros de Rochdale. Esos principios son: el vínculo abierto y voluntario –las cooperativas están siempre abiertas a nuevos miembros–; el control democrático por parte de los miembros –las decisiones fundamentales son tomadas por los cooperativistas de acuerdo con el principio: «por cada miembro, un voto», es decir, independientemente de las contribuciones de capital hechas por cada miembro o su función en la cooperativa–; la participación económica de los miembros –tanto de propietarios solidarios como de participantes eventuales en las decisiones de beneficios–; la autonomía y la independencia en relación con el Estado y otras organizaciones; el compromiso con la educación de los miembros de la cooperativa –para permitirles una participación efectiva–; la cooperación entre cooperativas por medio de organizaciones locales, nacionales y mundiales; y la contribución para el desarrollo de la comunidad donde se localiza (Birchall, 1997).

Por un lado, a pesar de que el número de cooperativas se multiplicó rápidamente y dio lugar a un movimiento cooperativista internacional y, por otro, que la teoría asociativista fue retomada ocasionalmente por movimientos y teorías sociales, ni la práctica cooperativa ni el pensamiento asociativo que le sirve de base llegaron a ser predominantes. «El asociativismo nunca llegó a madurar hasta el punto de convertirse en una ideología coherente» (Hirst, 1994: 17), capaz de resistir los ataques que provenían tanto de las teorías del socialismo centralizado como del liberalismo individualista. El cooperativismo dio forma a experiencias ejemplares de economías solidarias –como el complejo cooperativo de Mondragón (España), al que nos referiremos más adelante–, pero no logró convertirse en alternativa importante en relación con el sector capitalista de la economía nacional y mundial. De hecho, la opinión que prevalecía en las ciencias sociales desde finales del siglo XIX (Web y Web, 1897) era que las cooperativas son intrínsecamente inestables por estar sujetas a un dilema estructural. Por un lado, corren el riesgo de fracasar porque su estructura democrática las vuelve más lentas en la toma de decisiones que las empresas capitalistas y porque el principio «por cada miembro, un voto» les impide alcanzar el nivel de capitalización necesario para expandirse, porque los inversionistas –sean éstos miembros o personas externas a la cooperativa– desean intervenir en las decisiones proporcionalmente a su contribución. Por otro lado, también según esta opinión, aunque las cooperativas logren crecer y expandirse, acaban por fracasar, toda vez que el crecimiento a costa del sacrificio de la participación directa de los miembros de la cooperativa –lo que se vuelve difícil en una gran empresa– exige, cada vez más, inversiones considerables de capital que sólo se obtienen recurriendo a inversionistas externos, cuya influencia desvirtúa el espíritu de la misma (Birchall, 1997; Ferguson, 1991).

No obstante, en los últimos años la teoría y las prácticas cooperativas han suscitado un renovado interés que desafía el pronóstico pesimista sobre la viabilidad económica de éstas y que recuperó los elementos centrales del pensamiento asociativo. Con el fracaso de las economías centralizadas

y el ascenso del neoliberalismo, académicos, activistas y gobiernos progresistas de todo el mundo han recurrido cada vez más a la tradición de pensamiento y organización económica cooperativa que surgió en el siglo XIX con el objetivo de renovar la tarea de reflexionar y crear alternativas económicas. Esta alteración se torna evidente en la bibliografía sobre el tema, tanto en los países centrales –donde han proliferado análisis teóricos sobre democracia asociativa y cooperativismo (Hirst, 1994; Bowles y Gintis, 1998) y estudios de caso sobre experiencias de cooperativas de trabajadores con mucho éxito (Whyte y Whyte, 1988; Rothschild y Whitt, 1986) o fracasadas (Russel, 1985)– como en los de la semiperiferia y periferia, donde ha tenido lugar dentro de las discusiones sobre propuestas de desarrollo alternativo que, como explicaremos, ven en las cooperativas y otras estructuras asociativas formas idóneas de canalizar las iniciativas populares (Friedmann, 1922). En América Latina, el interés renovado por el tema se expresó en las propuestas de reactivación de la llamada «economía solidaria», es decir, el sector de la economía al cual corresponden formas diversas de producción asociativa, entre las que destacan cooperativas y mutualidades (Singer y Souza, 2000).

¿A qué se debe el resurgimiento del interés por las formas de producción solidarias en general y por las cooperativas de trabajadores en particular? En nuestra opinión, hay cuatro razones fundamentales relacionadas con las condiciones económicas y políticas contemporáneas que hacen del estudio y la promoción de las cooperativas una tarea prometedoras hacia la creación de alternativas emancipadoras de producción. En primer lugar, aunque las cooperativas se basen en valores y principios no capitalistas –es decir, contrarios a la separación entre capital y trabajo y a la subordinación de éste a aquél–, siempre fueron concebidas y operaron como unidades productivas capaces de competir en el mercado. El cooperativismo considera que el mercado promueve uno de sus valores centrales: la autonomía de las iniciativas colectivas y los objetivos de descentralización y eficiencia económica que no son acogidos por los sistemas económicos centralizados. Frente a la comprobada inviabilidad e indeseabilidad de las

economías centralizadas, las cooperativas surgen como alternativas de producción factibles y plausibles, a partir de una perspectiva progresista, porque están organizadas de acuerdo con principios y estructuras no capitalistas y, al mismo tiempo, operan en una economía de mercado. En segundo lugar, las características de las cooperativas de trabajadores tienen potencial para responder con eficiencia a las condiciones del mercado global contemporáneo por dos razones: por un lado, como demostraron Bowles y Gintis (1998), las cooperativas de trabajadores tienden a ser más productivas que las empresas capitalistas, porque sus trabajadores-propietarios tienen un mayor incentivo económico y moral para dedicar su tiempo y esfuerzo al trabajo, y porque, una vez que los trabajadores se benefician directamente cuando la cooperativa prospera, disminuyen drásticamente los costos de supervisión, que en una empresa capitalista son altos, porque la vigilancia constante del desempeño de los empleados es necesaria para asegurar la cooperación de éstos con la empresa. Por otro lado, las cooperativas de trabajadores parecen ser especialmente adecuadas para competir en un mercado fragmentado y volátil como el que caracteriza la economía global contemporánea. De acuerdo con la abundante literatura sobre las transformaciones estructurales de la economía desde el inicio de la década de 1970 –que se remonta al trabajo pionero de Piore y Sabel (1984) sobre la «especialización flexible», las empresas aptas para competir en un mercado altamente segmentado y en continuo cambio, como el actual, son aquellas con capacidad de ajustarse con flexibilidad a las alteraciones de la demanda, motivar la participación activa e innovadora de los trabajadores en el proceso productivo y de insertarse en una red de cooperación económica formada por otras empresas pequeñas y flexibles, y por instituciones culturales, educativas y políticas de apoyo, en otras palabras, en una economía cooperativa. Ya que las cooperativas de trabajadores facilitan (de hecho, requieren) la participación activa de los trabajadores-propietarios, son normalmente pequeñas y tienen una vocación de integración con otras cooperativas y otras instituciones de la comunidad donde están localizadas; pueden ser,

de hecho, «prototipos de la especialización flexible de la que hablan Piore y Sabel» (Ferguson, 1991: 127)³. En tercer lugar, como la característica esencial de las cooperativas de trabajadores es que éstos son propietarios, la difusión de las cooperativas tiene un efecto igualitario directo sobre la distribución de la propiedad en la economía, lo que a su vez, como demostraron Birdsall y Londoño (1997) para América Latina, estimula el crecimiento económico y disminuye la desigualdad. Por último, las cooperativas de trabajadores generan beneficios no económicos para sus miembros y para la comunidad en general, que son fundamentales para contrarrestar los efectos desiguales de la economía capitalista. Las cooperativas de trabajadores amplían la democracia participativa hasta el ámbito económico y, con ello, extienden el principio de ciudadanía a la gestión de empresas. Semejante ampliación de la democracia tiene efectos emancipadores evidentes por cumplir la promesa de eliminar la división que impera hoy entre la democracia política, por un lado, y el despotismo económico (es decir, el imperio del propietario sobre los trabajadores en la empresa), por el otro.

El caso ejemplar: el complejo cooperativo de Mondragón (España)

Frente a los numerosos intentos fracasados, la pregunta central de los estudios sobre este tipo de organización económica se refiere a las condiciones en que una cooperativa puede consolidarse y mantenerse. Para responder esta pregunta, es útil considerar las lecciones derivadas de la experiencia que se reconoce mundialmente como modelo de economía cooperativa: el complejo económico Mondragón –ubicado en

3 Por eso mismo, es sorprendente, como nota Ferguson, que Piore y Sabel solamente se ocupen de firmas capitalistas y «no consideren formas alternativas de propiedad y de control que cumplirían las condiciones de la especialización flexible [...] Toda vez que [Piore y Sabel] no problematizan [el conflicto entre capital y trabajo], no ponen atención ni al carácter despótico de la mayoría de las formas de “especialización flexible” ni a la posible promoción de las cooperativas de trabajadores» (Ferguson, 1991: 127).

los alrededores de la ciudad del mismo nombre, en el País Vasco español, que empezó en 1965 y pertenece a los 30.000 trabajadores de sus 109 fábricas—, su cadena de supermercados, su banco y su universidad⁴.

¿A qué se debe el éxito de Mondragón?, ¿qué lecciones se pueden sacar para promover y evaluar el funcionamiento de cooperativas en otros contextos? Las razones fundamentales del éxito están relacionadas con la inserción de las cooperativas en redes de apoyo y con el esfuerzo constante para hacerlas competitivas en el mercado global. Mondragón es una verdadera economía regional cooperativa porque las cooperativas de producción, consumo, crédito y educación que integran el complejo están íntimamente ligadas a través de enlaces múltiples de mutua dependencia. Así, por ejemplo, el banco cooperativo perteneciente al grupo (la Caja Laboral Popular) no sólo concede préstamos a las cooperativas con bases favorables, sino que sirve a éstas y al grupo, en su conjunto, como órgano de coordinación, supervisión y asesoría. La Caja hace un monitoreo constante del desempeño de cada cooperativa y recomienda y ayuda a implantar, como condición para la concesión de créditos, las modificaciones necesarias para mantener las cooperativas en condiciones de competir en el mercado. De la misma forma, la universidad tecnológica que atiende a todo el grupo (la Escuela Politécnica Profesional) se encarga de educar a los futuros trabajadores y administradores de las cooperativas y de darles formación para garantizar su flexibilidad laboral y la actualización de conocimientos. De esta forma, se garantiza el flujo e intercambio constante de información sobre sistemas de producción, finanzas, comercialización, etc., dentro del grupo cooperativo. Además de la coordinación y de la cooperación entre las empresas de Mondragón por medio de organizaciones de apoyo financiero y educativo (que también son cooperativas), un mecanismo central de ayuda mutua entre las cooperativas es su inserción en grupos económicos que siguen la lógica de la integración vertical. En efecto, las cooperativas del grupo Mondragón

4 En ocasión de conmemorarse su medio siglo de existencia, la ONU seleccionó a Mondragón como uno de los 50 mejores proyectos sociales del mundo. En Whyte y Whyte (1998) se encuentra una presentación completa del caso Mondragón.

generalmente forman parte de subgrupos compuestos por empresas que desarrollan actividades económicas complejas y que funcionan como una cadena coordinada de suministradores y compradores mutuos de bienes y servicios que producen; por ejemplo, el grupo más grande de Mondragón –Fragor– reúne cerca de 15 fábricas cooperativas, con un alto grado de integración vertical, que producen bienes de consumo –refrigeradores, estufas, calentadores, lavadoras de ropa–, componentes industriales –para electrodomésticos, navajas de hierro, para electrónicos– y maquinaria y servicios de asesoría para industrias –herramientas y servicios de auditoría (Whyte y Whyte, 1988: 167)–. La coordinación y la ayuda mutua entre las cooperativas se obtiene mediante la subordinación de éstas a los órganos de decisión participativos del grupo en su conjunto, los cuales determinan el financiamiento y los parámetros de la administración de cada cooperativa. El grupo, a su vez, tiene varios mecanismos de apoyo a las cooperativas, entre los que se destaca la redistribución de una parte de las ganancias de las cooperativas de mayor éxito entre las que atraviesan por dificultades temporales y la rotación de personal experimentado (por ejemplo, gerentes) de una cooperativa a otras, de acuerdo con las necesidades de cada una⁵. En síntesis, Mondragón tuvo éxito porque logró transformarse en una verdadera economía cooperativa regional, cuya red de apoyo permitió la supervivencia y expansión de las cooperativas que forman parte de ella. Además, estas redes se fortalecieron mediante la cooperación entre el Estado –concretamente el gobierno regional vasco– y el grupo Mondragón en asuntos tan diversos como proyectos de investigación tecnológica, programas de estímulo al empleo y estudios periódicos sobre la evolución de la economía regional.

Por otro lado, sobre todo durante los últimos veinte años, el complejo cooperativo Mondragón emprendió estrategias empresariales que,

5 El resultado económico de la ayuda mutua entre las cooperativas dentro del complejo Mondragón ha sido significativo. Entre 1956 y 1983, por ejemplo, sólo tres de 103 cooperativas creadas hasta ese momento fracasaron y tuvieron que ser liquidadas.

sin desvirtuar su estructura cooperativa⁶, le permitieron prosperar en condiciones de volatilidad y competencia interna intensa del mercado global. En estas condiciones, Mondragón demostró que las limitaciones impuestas por los principios cooperativos —el compromiso para la conservación del empleo de los trabajadores y la capitalización de las empresas con base en las contribuciones de los trabajadores, y no de inversionistas externos— pueden actuar como «restricciones virtuosas» (Streeck, 1997) que obligan a las empresas cooperativas a ser flexibles e innovadoras; por ejemplo, toda vez que uno de los objetivos centrales de Mondragón es la conservación del empleo de sus socios y, en caso de desempleo temporal, la prestación de un generoso y prolongado seguro de desempleo, el complejo está bajo la constante presión de crear nuevas cooperativas y puestos de trabajo, lo que exige constante innovación y mejora en la productividad. Un factor adicional que presiona la creación de nuevas empresas, pequeñas e innovadoras, es la política de evitar el crecimiento desmedido de sus cooperativas. Cuando una cooperativa exitosa se está expandiendo, Mondragón procura crear otras que se encarguen de algunas de las actividades desempeñadas por aquella, de tal forma que se garantice tanto la continuidad de la estructura del complejo —basada en grupos fuertemente integrados de cooperativas relativamente pequeñas y flexibles— como la creación de nuevos focos de empleo e innovación. La respuesta adecuada del complejo a estas presiones para innovar fue facilitada por dos factores adicionales. Por un lado, los grupos cooperativos lograron altos niveles de capitalización, necesarios para modernizar sus procesos productivos sin recurrir a inversiones externas, gracias a las contribuciones adicionales de capital de sus socios-trabajadores y al apoyo de la Caja. Por otro lado, los grupos cooperativos de Mondragón entraron en múltiples alianzas con cooperativas y empresas convencionales en varias partes del mundo, que

6 Los estatutos de Mondragón impiden que las cooperativas y los grupos hagan modificaciones en su estructura contrarias a los principios cooperativos; por ejemplo, los socios-trabajadores tienen representación en todos los órganos de decisión y el número de trabajadores externos (es decir, los que no tienen el estatus de socio-propietario) está limitado a 10% del personal de cada cooperativa.

les permitieron aprovechar las condiciones del mercado global. En este sentido, la experiencia de Mondragón ofrece no sólo un contraejemplo ideal frente a la opinión prevaleciente sobre la inviabilidad de las cooperativas, sino también elementos de juicio importantes para evaluar otras experiencias de organización cooperativa.

Pero Mondragón no es la única experiencia con éxito. Aunque sea la más desarrollada y estable, en todo el mundo hay iniciativas exitosas de economías cooperativas de diversas escalas. En la semiperiferia del sistema mundial, un ejemplo notable es el conjunto de cooperativas del Estado de Kerala (India), el cual adquirió notoriedad internacional en los últimos años. Los mecanismos de cooperación económica que han sustentado estas organizaciones desde su fundación, a finales de la década de 1960, son análogos a los que Mondragón utilizó. Como lo demuestra el detallado estudio de caso de una cooperativa de productores de cigarros de Kerala, hecho por Isaac, Franke y Raghavan (1998), los factores esenciales para sobrevivir frente a la competencia de las empresas capitalistas son una combinación de descentralización y colaboración entre cooperativas asociadas en red y la fidelidad al principio de participación democrática dentro de la cooperativa. El caso de las cooperativas de Kerala ilustra otro aspecto que no es tan evidente en el de Mondragón y que es muy importante en los estudios de caso incluidos en este libro. Se trata de que surgieron como resultado de un movimiento democrático de los campesinos de la región que procuraba hacer efectiva la ley de reforma agraria de 1969. El proceso de construcción y el éxito del movimiento crearon una combinación afortunada de «educación, activismo, optimismo y democracia» que dio lugar no sólo a las cooperativas, sino también a un conjunto de instituciones políticas, democráticas y progresistas, que es conocido como el «modelo de Kerala» (Isaac, Franke y Raghavan, 1998: 202). De esta forma, las cooperativas están insertas en un movimiento social amplio que, a su vez, se beneficia de la prosperidad de aquéllas, y existe continuidad entre la democracia participativa que impera en la esfera de la política en Kerala y la practicada en las cooperativas (Isaac, Franke

y Raghavan, 1998: 198). Como afirma Hirschman (1984) en su fascinante análisis de las cooperativas en América Latina, esta transformación de la energía emancipadora, que empieza como movimientos sociales y se convierte en iniciativas económicas solidarias y viceversa, es un fenómeno común a las experiencias cooperativas más duraderas. Como se verá a lo largo de los capítulos de este libro, este factor es fundamental para entender el éxito relativo de algunas de las cooperativas estudiadas.

Asociativismo y socialismo: del socialismo centralizado al socialismo de mercado

Como explicamos en párrafos anteriores, las condiciones económicas, políticas y sociales contemporáneas son propicias para el resurgimiento del pensamiento asociativo y de las prácticas cooperativas. Este resurgimiento ha representado un desafío no sólo para las teorías y políticas liberales, sino también para las corrientes dominantes dentro de la tradición socialista. Como demostró Hodgson (1999), las teorías económicas socialistas tuvieron, desde que aparecieron a principios del siglo XIX hasta, por lo menos, mediados del siglo XX, una preferencia manifiesta por la planeación centralizada de la economía basada en la propiedad colectiva de los medios de producción. En otras palabras, la tradición socialista sufrió, de acuerdo con Hodgson, de «agorafobia» –que significa literalmente miedo al mercado, y en sentido lato, miedo a los espacios abiertos– de la economía plural donde la competencia, en el mercado, tenga lugar.

En la práctica, esta posición fue adoptada por las economías socialistas más centralizadas, como la Unión Soviética, durante la mayor parte de su existencia. En el modelo soviético, lo que cada empresa producía era determinado por un plan anual elaborado mediante un proceso de consulta que implicaba a varios estratos de la burocracia estatal (Estrin y Winter, 1989: 127). Las decisiones sobre producción eran un proceso de negociación política en que las prioridades definidas por los dirigentes de la burocracia estatal, se imponían a través de planes que fijaban metas

más altas que aquellas que las empresas podían lograr con los medios de los que disponían. Esto dio lugar a tres consecuencias muy conocidas: en primer lugar, la prioridad estatal de impulsar el crecimiento económico en vez de atender las necesidades de los consumidores provocó una escasez crítica de bienes de consumo y de medios para adquirirlos. En segundo lugar, los planes estrictos eran eficaces para forzar la utilización de los medios de producción disponibles, pero no constituían estímulos para innovar y aumentar la productividad. En tercer lugar, la dificultad para encontrar materias primas por medios legales llevaba a las empresas a comprarlos en el mercado negro, el cual también suministraba buena parte de los productos para los consumidores. De eso resultaba la coexistencia de un mercado negro sólido con la economía legal planificada (Estriny Winter, 1989: 130). Como mostraron los acontecimientos de finales de los años ochenta y principios de los noventa, las presiones económicas creadas por estos tres efectos, y porque sus consecuencias políticas eran insostenibles, llevaron al fracaso al sistema soviético.

Varias décadas antes del colapso soviético, pensadores socialistas (especialmente en Europa) y funcionarios estatales de algunos países de Europa del Este habían advertido sobre la inviabilidad del modelo soviético y trataron de replantear la relación entre socialismo y mercado. Así surgieron, alrededor de 1950, las primeras teorías y experiencias de lo que ahora se llama «socialismo de mercado» (Hodgson, 1999: 25). En la práctica, el intento más serio de encontrar una alternativa al modelo soviético se emprendió en Yugoslavia después de la ruptura de Tito con Stalin, en 1948. El «socialismo de mercado yugoslavo» se basaba en principios de descentralización de la producción y de participación de los trabajadores (Prout, 1985: 12). En vez de una economía completamente centralizada, en la que los medios de producción eran propiedad del Estado, en el modelo yugoslavo pertenecían a la sociedad, organizada en cooperativas de trabajadores democráticamente administradas, las cuales, a pesar de seguir las directrices de un plan general quinquenal establecido por el gobierno, estaban expuestas a los mecanismos de mercado. Sin

embargo, en la práctica, el papel del Estado y de la planeación centralizada empezó a ser protagónico. En estas condiciones, la coexistencia entre planeación y mercado era tensa y acabó por volverse insostenible. Por razones idénticas, fracasaron las reformas en Hungría y Polonia a fines de los años sesenta e inicio de la década de 1970. Aunque estas reformas fueran experiencias menos ambiciosas y más vacilantes que la yugoslava, tenían en común haber intentado introducir mecanismos de mercado en una economía socialista.

En la época en que surgía la experiencia yugoslava, la teoría económica dentro de la tradición socialista empezó a elaborar modelos basados en el mercado que, no obstante, permitieran alcanzar los valores de igualdad y solidaridad. Tras los trabajos de Benjamin Ward, a mediados del siglo XX, la idea del socialismo de mercado, inspirada en el modelo de socialismo propuesto por Proudhon en la primera mitad del siglo XIX, fue debatida con creciente interés (Hodgson, 1999: 26). Este interés aumentó, como era de esperarse, con el fracaso del modelo de economía centralizada que había dominado el pensamiento y la práctica socialistas. Por esta razón, el modelo de socialismo de mercado atrajo una considerable atención durante la última década del siglo pasado, como lo demuestra la abundante bibliografía desarrollada sobre el tema.

La afirmación fundamental del socialismo de mercado consiste en que la forma viable y adecuada de perseguir los fines socialistas de solidaridad e igualdad es una combinación entre mecanismos de mercado y planeación económica, en la que el mercado tiene un papel preponderante (Le Grand y Estrin, 1989). Según esta perspectiva, no hay una relación necesaria entre mercado y capitalismo. El mercado es un mecanismo (el más eficiente que conocemos) de coordinación de las decisiones económicas descentralizadas. Por sí mismo, el mercado no genera inevitablemente la desigualdad y alienación que caracterizan el capitalismo. Tales efectos son propios, de acuerdo con los defensores de este modelo, de los mercados capitalistas y no de los mercados en general (Le Grand y Estrin, 1989:

1). Es posible, por tanto, hacer reformas radicales en el régimen de la propiedad y en otras instituciones, de modo que los mercados faciliten la realización de los objetivos socialistas. Se exige, en especial, que las empresas sean propiedad de los trabajadores. Frente a los conocidos efectos igualitarios y democráticos de las cooperativas, explicados en las secciones anteriores, un mercado en el cual predominen las cooperativas y que sea regido por reglas básicas de redistribución de la riqueza (sin que esto signifique un retorno a la planeación económica que aniquile el mercado) puede promover simultáneamente la igualdad, la solidaridad y la libertad (Pierson, 1995).

El debate sobre modelos y experiencias concretas que combinen, por un lado, las ventajas del mercado y, por otro, las de la producción solidaria es hoy uno de los puntos de convergencia más activos de creación de alternativas a los modelos económicos convencionales. Como se constata en esta breve descripción, el socialismo de mercado consiste, fundamentalmente, en la reintroducción del asociativismo en la tradición socialista. Por ello, no es de sorprender que haya sido blanco de múltiples críticas, algunas dirigidas a sus elementos asociativistas y otras a la forma en que asume los objetivos socialistas. Puesto que la unidad económica privilegiada por este modelo es la cooperativa de trabajadores, se hicieron a aquél las mismas críticas sobre lo inviable de este tipo de organización económica que ya examinamos. En cuanto al elemento asociativista se formularon críticas a la timidez, más que a la inviabilidad, de la teoría. Hirst (1994), en particular, demostró convincentemente que no basta reorganizar la economía con base en cooperativas de trabajadores. Es necesario concebir, además, formas de coordinación entre las cooperativas, y entre éstas y las entidades estatales, para crear el tipo de regla de apoyo que caracteriza las experiencias exitosas, como la de Mondragón. En cuanto a las críticas que ponen en entredicho la posibilidad de alcanzar objetivos socialistas por medio del mercado, se ha señalado que éste produce desigualdad económica de manera inevitable y que genera tipos de sociabilidad individualista, siendo ambos efectos opuestos al socialismo (Cohen, 1994).

Además de los detalles del debate actual sobre el socialismo de mercado, para efecto del mapa de alternativas de producción que estamos elaborando, lo esencial es destacar la forma como ese debate ha reanimado la reflexión y las experiencias que pretenden combinar el asociativismo y el socialismo sin recurrir a formas inviables de planeación centralizada. Estas tentativas, sumadas a las que han surgido dentro de la tradición cooperativista, constituyen actualmente uno de los campos más interesantes de expansión de las alternativas de producción.

Las economías populares y el desarrollo alternativo en la periferia y en la semiperiferia

Las propuestas de desarrollo alternativo

La idea de desarrollo dominó las discusiones y las políticas económicas relativas a los países pobres durante más de medio siglo (Escobar, 1995; McMichael, 1996). Desde los primeros años después de la segunda Guerra Mundial, el objetivo declarado de los programas económicos nacionales de los países semiperiféricos y periféricos y de los programas de ayuda internacional emprendidos por países centrales y agencias financieras internacionales ha sido la aceleración del crecimiento económico de los países subdesarrollados como medio para «eliminar el foso» entre éstos y los países desarrollados (Cypher y Dietz, 1997). La historia de la idea y de los programas del desarrollo –que McMichael (1996) designó de manera apropiada como «proyecto de desarrollo»– está fuera de los objetivos de esta introducción. No obstante, para el estudio de la teoría del desarrollo alternativo es importante mencionar la justificación y el *modus operandi* de los programas de desarrollo, ya que la citada teoría fue formulada como reacción a estos. En términos generales, los proyectos de desarrollo económico fueron concebidos e implementados «a partir de la cima» (*top-down development*), con base en políticas trazadas e implantadas por agencias tecnocráticas nacionales

e internacionales, sin la participación de las comunidades afectadas por esas políticas. Además, los planes de desarrollo estaban tradicionalmente centrados en la aceleración del crecimiento económico, principalmente del sector industrial (Cypher y Dietz, 1997). Este énfasis evidente en los resultados macroeconómicos implicó hacer a un lado otros objetivos sociales, económicos y políticos, como la participación democrática en la toma de decisiones, la distribución equitativa de los frutos del desarrollo y la preservación del ambiente.

La teoría del desarrollo alternativo está constituida por múltiples análisis y propuestas formulados por críticos de los postulados y los resultados de los programas de desarrollo convencionales. El origen de la teoría se remonta al inicio de la década de 1960, época en que, por todo el mundo, intelectuales, peritos en planeación económica y activistas, todos ellos críticos, empezaron a formular reflexiones y a organizar acciones en torno de las cuales se canalizó el descontento por el tratamiento tradicional que se daba al desarrollo. Algunos de los encuentros fundacionales fueron la Conferencia de Estocolmo sobre Medio Ambiente (1972) –que dio lugar al Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente– y el Seminario sobre Patrones de Utilización de los Recursos, el Medio Ambiente y las Estrategias para el Desarrollo, en Cocoyoc, México, en 1974, organizado por la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo. La idea de un desarrollo alternativo fue impulsada decisivamente a mediados de los años setenta por la fundación sueca Dag Hammarskjöld (1975) y dio lugar a la Fundación Internacional de Alternativas de Desarrollo (1976), cuyos miembros incluían a muchos de los participantes de actos anteriores y cuyas publicaciones sintetizaron los pilares de la teoría. El debate sobre formas alternativas de desarrollo continuó en las décadas de 1980 y 1990 y hoy constituye una de las principales fuentes de energía e ideas en las críticas a la globalización neoliberal.

Los análisis teóricos y los trabajos empíricos que adoptan la perspectiva del desarrollo alternativo son muy variados⁷. Sin embargo, todos comparten un conjunto de postulados y propuestas que constituyen la columna vertebral de la teoría. En primer lugar, el desarrollo alternativo está formulado con base en una crítica de fondo a la estricta racionalidad económica que inspiró el pensamiento y las políticas de desarrollo dominantes. Contra la idea de que la economía es una esfera independiente de la vida social, cuyo funcionamiento requiere del sacrificio de bienes y valores no económicos –sociales (igualdad), políticos (participación democrática), culturales (diversidad étnica) y naturales (el ambiente)–, el desarrollo alternativo subraya la necesidad de tratar la economía como parte integrante y dependiente de la sociedad y de subordinar los fines económicos a la protección de estos bienes y valores. En oposición al énfasis exclusivo de los programas de desarrollo en la aceleración de la tasa de crecimiento económico, el desarrollo alternativo destaca otros objetivos; está concebido como una forma de promover mejores condiciones de vida para la población en general, y para los sectores marginados en particular. «Si el desarrollo económico y social significa algo en absoluto, debe significar una mejoría sustancial en las condiciones de vida y sustento de la mayoría de las personas» (Friedman, 1992: 9). En este sentido, el desarrollo alternativo se inspira en los valores de igualdad y de la ciudadanía, es decir, en la inclusión plena de los sectores marginados en la producción y en el usufructo de los resultados del desarrollo. No obstante, al contrario de

7 Una presentación de las principales líneas de desarrollo alternativo se encuentra en Friedman (1992) y McMichael (1996). Los trabajos a partir de esta perspectiva consisten, generalmente, en la presentación y análisis de estudios de caso fundados en investigación etnográfica y no procuran formular explícitamente una teoría general alternativa de la economía o del desarrollo. Una excepción es el trabajo de Friedman, que utilizamos en esta sección y que pretende «dar a la bibliografía sobre desarrollo alternativo lo que hasta ahora le ha hecho falta: un marco teórico explícito fuera de las teorías neoclásicas o keynesianas y, con esto, un punto de partida para la práctica» (1992: 8). No obstante, el esfuerzo por destacar los componentes teóricos básicos del desarrollo alternativo no debe ocultar que, a partir de esta perspectiva, la teoría, por un lado, y la práctica y el análisis empírico, por otro, están íntimamente ligados.

otras aproximaciones críticas –que expondremos en la próxima sección, y que no defienden un desarrollo alternativo sino alternativas al desarrollo–, esta línea de pensamiento y acción no rechaza la idea de crecimiento económico, sino que propone imponer límites y subordinarlos a imperativos no económicos. En segundo lugar, contra el desarrollo «a partir de arriba», esta perspectiva plantea un desarrollo de base, o de «abajo hacia arriba» (*bottom-up*). La iniciativa y el poder de decisión sobre el desarrollo, lejos de ser competencia exclusiva del Estado y de las élites económicas, debe residir en la sociedad civil. En especial, frente a los efectos desiguales y de exclusión del modelo convencional de desarrollo, los actores de la búsqueda de alternativas deben ser las comunidades marginadas, las cuales han sido los objetos –y no los sujetos– declarados de los programas de desarrollo. En este sentido, la teoría propone como actores centrales del desarrollo a los sujetos colectivos, es decir, a las comunidades organizadas que procuran seguir adelante. El carácter colectivo del desarrollo de abajo hacia arriba genera un proceso de construcción de poder comunitario que puede crear el potencial para que los efectos de las iniciativas económicas populares alcancen la esfera política y generen un círculo virtuoso que haga frente a las causas estructurales de la marginación. En tercer lugar, el desarrollo alternativo privilegia la escala local como objeto de reflexión tanto como de acción social. Por esta razón, los trabajos producidos en este sentido han privilegiado el estudio etnográfico de comunidades marginadas y las propuestas resultantes tienden a sugerir que la acción local contrahegemónica debe concentrarse en el ámbito local de las comunidades estudiadas. En cuarto lugar, el desarrollo alternativo es escéptico, tanto en relación con una economía centrada exclusivamente en formas de producción capitalista como en relación con un régimen económico centralizado y controlado por el Estado. Ante estas formas de organización económica, propone alternativas basadas en iniciativas colectivas, generalmente en forma de empresas y organizaciones económicas populares de propiedad y gestión solidaria que tratan de oponerse, por un lado, a la separación entre capital y trabajo y, por otro, a la necesidad de recurrir a

la ayuda estatal. De igual modo, las propuestas de desarrollo alternativo destacan las formas de producción e intercambio no capitalistas. Quijano (1998) y Friedman (1992), por ejemplo, subrayan la importancia de las actividades de trueque en las comunidades latinoamericanas marginadas. Estas actividades (como la preparación colectiva de alimentos, el cultivo comunitario de subsistencias, etc.) refuerzan los mecanismos de reciprocidad en las comunidades y permiten que sus miembros tengan acceso a bienes y servicios que su pobreza les impide adquirir en el mercado. Finalmente, en concordancia con su crítica al paternalismo estatal, el desarrollo alternativo favorece estrategias económicas autónomas. En los sectores populares, esto implica la promoción de iniciativas basadas en la autogestión de las empresas populares y la construcción del poder comunitario.

Como fácilmente se observa, las iniciativas económicas que caben en esta caracterización del desarrollo alternativo son muy variadas. Para efecto de esta introducción, basta indicar las principales líneas de pensamiento y acción, según las cuales las ideas de desarrollo alternativo han penetrado en la esfera de la producción. Distinguimos seis líneas que han sido puestas en práctica, tanto en la periferia y en la semiperiferia como en el centro del sistema mundial. En primer lugar, movimientos sociales, organizaciones no gubernamentales (ONG), comunidades y sectores gubernamentales de la semiperiferia y de la periferia siguen promoviendo formas asociativas de producción (asociaciones de inquilinos, cooperativas de trabajadores, etc.), que procuran asegurar el acceso de las clases populares a bienes y servicios básicos. En segundo lugar, desde finales de la década de 1980, buena parte del dinamismo del desarrollo alternativo provino del movimiento ecologista, a través de las propuestas de «desarrollo sustentable». Desde que este concepto fue formulado en 1987, por la Comisión Mundial sobre Medio Ambiente y el Desarrollo (conocida como Comisión Brundtland) —que lo definió como el tipo de desarrollo que «satisface las necesidades del presente sin poner en entredicho la posibilidad de que las futuras generaciones satisfagan sus necesidades»—, la cuestión de los límites ecológicos al crecimiento económico ha sido un tema dominante en

el campo del desarrollo alternativo (Rao, 2000). Aunque ni el informe de la Comisión Brundtland ni la Conferencia de Río, reunida en 1992, hayan cuestionado la idea de desarrollo entendido como crecimiento económico, ambos documentos dieron un impulso decisivo al debate sobre la necesidad de imponer límites o transformar la producción para evitar la destrucción del ambiente (McIvlichael, 1996: 220). A pesar de que la cuestión del desarrollo sustentable dio lugar a profundas divisiones académicas y políticas (entre los países del norte y del sur y entre entidades políticas dentro de los países), su visibilidad ha incomodado la perpetuación del proyecto de desarrollo capitalista convencional, tanto en el centro como en la semiperiferia y la periferia (Douthwaite, 1999). En tercer lugar, gracias al activismo de movimientos feministas, el problema de la exclusión de las mujeres de los programas de desarrollo convencionales pasó a ser una fuente de dinamismo en las propuestas de desarrollo alternativo. Por medio de redes y encuentros internacionales, se ha consolidado, desde mediados de los años setenta, el movimiento Mujeres en el Desarrollo (Women in Development, WID), cuyo acto fundador fue la Conferencia de las Naciones Unidas sobre la Mujer, en la ciudad de México, en 1975 (McMichael, 1996: 227). Los objetivos del movimiento son: lograr el reconocimiento de la contribución del trabajo femenino en el desarrollo económico⁸ y promo-

8 Uno de los efectos más interesantes de la lucha por el reconocimiento del trabajo femenino (especialmente del trabajo doméstico que, por su invisibilidad pública, queda fuera de los cálculos económicos convencionales, como el producto interno bruto) ha sido el cuestionamiento del propio concepto de actividad económica y de la forma de medir lo que cuenta como producción. En este sentido, como lo presenta Benería (1996) en su tentativa de medir el impacto económico del trabajo doméstico de las mujeres, ampliar el concepto de producción –y de la economía en general– para incluir el trabajo no remunerado es fundamental para la formulación de concepciones políticas económicas que eliminen la discriminación contra las mujeres de los programas económicos convencionales. Las propuestas de desarrollo alternativo han demostrado convincentemente que el concepto y las medidas convencionales de la producción son inadecuados. Como sostienen Mander y Goldsmith (1996), con base en el trabajo de Halstead y Cobb (1996), el PIB y el PNB son inadecuados porque, de acuerdo con estas medidas, «actividades tan negativas como la destrucción de los recursos naturales, la construcción de más prisiones y la fabricación de bombas son medidas de la solidez de la economía. Entretanto, actividades mucho más deseables,

ver la incorporación de las mujeres a los procesos de desarrollo por medio de políticas que aligeren la doble carga del trabajo doméstico y del trabajo asalariado que implica la entrada de las mujeres al mercado de trabajo. En cuarto lugar, un número creciente de programas de apoyo económico a las clases populares de la periferia y de la semiperiferia se ha concentrado en la prestación de servicios financieros a pequeña escala, especialmente microcréditos. El objetivo central de estos programas es facilitar el acceso de familias pobres a pequeñas cantidades de dinero que les permitan emprender o sostener actividades económicas productivas (Wright, 2000). Los programas de microcrédito han sido utilizados con especial intensidad en el sudeste asiático, particularmente en Bangladesh y en la India, y pasaron incluso a ser uno de los distintivos del Banco Mundial⁹ en la lucha contra la pobreza. Desde el punto de vista del desarrollo alternativo, la proliferación de programas de microcrédito es un arma de dos filos. Por un lado, los microcréditos en muchos casos se vuelven medios de subsistencia indispensables que tienen efecto directo sobre el nivel de vida de sus beneficiarios y, con frecuencia, van acompañados de programas de educación y desarrollo comunitario. Sin embargo, por otro lado, algunos defensores del microcrédito y algunas organizaciones que implementan este tipo de programas (Wright, 2000), toman los créditos como fines en sí mismos y rechazan enfáticamente cualquier tentativa de asociar la prestación de servicios financieros a los pobres con proyectos de construcción de poder comunitario. Los pobres, de acuerdo con esta perspectiva, sólo están interesados en recibir dinero y no en ser adoctrinados u organizados. Como se verifica con facilidad, el problema de este concepto del microcrédito, utilitarista y estrecho, consiste en que concibe la incorporación

como el trabajo doméstico no remunerado, cuidar a los niños, la prestación de servicios a la comunidad o la producción de artículos para uso directo [...] no son del todo registrados por las estadísticas».

9 De hecho, uno de esos programas, con sede en Yemen, fue escogido por el Banco Mundial como uno de los cuatro casos modelo presentados a los ministros de finanzas y de desarrollo reunidos en la asamblea mundial del Banco Mundial y del FMI, en Washington, en abril de 2000, <www.worldbank.org/news/pressrelease>.

marginal, individual y precaria al capitalismo como la única alternativa para los actores económicos y populares y, de esta forma, adopta la lectura y las políticas neoliberales sobre la marginación y la informalidad (De Soto, 1989). En quinto lugar, movimientos sociales populares, tanto en el campo como en las ciudades, han reivindicado la acción directa, legal o ilegal, para promover que las clases subordinadas tengan acceso a recursos como la tierra y la habitación, que les permitan emprender actividades de producción alternativas. Probablemente el ejemplo actual más conocido de este tipo de estrategia es el Movimiento de los Sin Tierra (MST), en Brasil, el cual se estudia con detalle en cuatro de los trabajos incluidos en este libro, escritos a partir de perspectivas distintas por Navarro, Lopes, Carvalho y Singer. De la misma forma en que el MST ha impulsado la ocupación de tierras desocupadas con miras a una reforma agraria efectiva y a la promoción de formas de producción alternativas en Brasil, numerosas organizaciones y grupos de diferentes partes del mundo promueven, hoy en día, la ocupación de edificaciones urbanas vacías con el fin de proporcionar un techo a quienes no lo poseen (Corr, 1999). Finalmente, como respuesta a los efectos perversos de la globalización sobre comunidades de todo el mundo, una vertiente importante del movimiento de crítica a la globalización propuso variadísimas tácticas de «retorno al lugar» o «relocalización» (Mander y Goldsmith, 1996). Entre las estrategias de regreso al desarrollo local está la creación de bancos comunitarios, campañas de publicidad para invitar a los consumidores a comprar únicamente lo que se produce en su localidad, formas de producción agrícola destinadas tan sólo al mercado local y al intercambio de servicios entre miembros de la comunidad con base en sistemas alternativos de medición del valor del trabajo (diferente del valor monetario) fundados en el principio de reciprocidad (Norberg-Hodge, 1996).

Los vacíos en el planteamiento del desarrollo alternativo

Las diferentes propuestas de desarrollo alternativo han tenido una repercusión importante en el pensamiento y las políticas económicas de la

semiperiferia y la periferia y, como lo demuestra el resumen de la sección anterior, hoy forman parte de las estrategias y los argumentos contra la globalización neoliberal, tanto en esas zonas como en el centro del sistema mundial. Además de haber dado lugar a miles de proyectos económicos comunitarios, las propuestas de este tipo influyeron notoriamente en la transformación gradual del enfoque de numerosas ONG y gobiernos en relación con el desarrollo. Incluso, tuvieron un papel en la modificación, bastante lenta, de la aproximación ortodoxa a los programas de desarrollo emprendidos por agencias internacionales, como sugiere la preocupación declarada del Banco Mundial mediante programas de desarrollo comunitario y de microcréditos en la década de 1990. La visión del desarrollo alternativo también contribuyó a introducir, en múltiples foros y tratados internacionales, temas centrales dejados de lado por el planteamiento ortodoxo, como la preservación del ambiente, el respeto por la diversidad cultural y el efecto del desarrollo económico convencional sobre hombres y mujeres de los países pobres.

No obstante, las propuestas tienen una limitación importante para la construcción de alternativas económicas emancipadoras, derivada del énfasis exclusivo en la escala local. Si bien esta orientación ha permitido al desarrollo alternativo ubicar en el centro de la discusión los efectos concretos de los programas de desarrollo y abogar por la transferencia de poder hacia actores locales, también llevó a desligarlo de fenómenos y movimientos regionales, nacionales y globales. Esta concentración en el lugar se sustenta en un concepto de comunidad como colectividad cerrada e indiferente, cuyo aislamiento garantiza el carácter alternativo de sus iniciativas económicas. De acuerdo con esta visión, la marginación de los sectores populares crea las condiciones para que haya y sean deseables las economías alternativas comunitarias que operan sin conexión con la sociedad y la economía hegemónicas. Esto es especialmente notorio en los trabajos sobre economía informal que, con frecuencia, se presenta como un conjunto de actividades emprendidas exclusivamente por y para sectores populares y, por consiguiente, separado de la economía formal

de la que dependen las clases media y alta. Esta visión dualista no sólo es incorrecta desde el punto de vista fáctico –puesto que, como demuestran numerosos estudios, existen estrechas relaciones de dependencia mutua entre las actividades económicas informales y formales (Portes, Castells y Benton, 1989; Cross, 1998)–, sino que también es contraproducente desde la práctica, porque limita el campo de acción y expansión de las formas alternativas de producción, consumo y distribución de bienes o servicios a los sectores sociales y a las actividades económicas marginadas. Un ejemplo reciente de esta tendencia se encuentra en la contribución de Burbach (1997) al debate sobre las economías populares:

En las zonas del mundo que el capitalismo despreció, está ganando terreno un nuevo modo de producción constituido por las que podríamos designar como «economías populares», y que también denominamos «economías posmodernas» (Burbach, Núñez y Kagarlitsky, 1997). Estas economías no compiten ni pueden competir con el capital transnacional en el proceso de globalización. Ocupan los márgenes, aprovechando las actividades que el mundo transnacional decide despreciar. Este proceso histórico se asemeja a la transición del feudalismo al capitalismo. El capitalismo primeramente garantizó los márgenes del feudalismo, y avanzó lentamente hasta que se convirtió en el modo de producción dominante (Burbach, 1997: 18-19).

El problema con esta perspectiva es que, como se constata claramente en los estudios de caso sobre las cooperativas de la India, Mozambique y Colombia incluidos en este volumen, las organizaciones económicas populares con frecuencia necesitan «competir con el capital transnacional en el proceso de la globalización» para mantenerse vivas y conseguir sus objetivos emancipadores. En efecto, como lo demuestra el caso de las cooperativas de recicladores de Colombia, cuya actividad informal está siendo colonizada por grandes empresas de limpieza, el proceso de la semiperiferia y la periferia es, con bastante frecuencia, el opuesto al descrito por Burbach, es decir, la colonización, por parte del capitalismo global, de las actividades económicas y de las zonas geográficas que hasta ahora habían permanecido en sus márgenes. En estos casos, sólo una

articulación de la acción local con estrategias alternativas de incorporación o resistencia a escala regional, nacional o global puede evitar la extinción de las iniciativas locales que se enfrentan a la competencia capitalista.

Por lo tanto, una de las tareas urgentes de los múltiples enfoques que aquí tratamos con el tema general de desarrollo alternativo es formular modos de pensamiento y acción que sean ambiciosos en términos de escala, es decir, que sean capaces de actuar a escala local, regional, nacional, e incluso global, dependiendo de las necesidades de las iniciativas concretas. Para ello, es necesario pasar de la idea de la comunidad como colectividad cerrada y estática (comunidad fortaleza) hacia un concepto de comunidad como entidad viva y dinámica, abierta simultáneamente al contacto y a la solidaridad con otras comunidades, a diferentes escalas, y decidida a defender las alternativas contrahegemónicas que surjan en su interior (comunidades-amiba) (Santos, 1995: 485). Una estrategia monolítica de relocalización como respuesta a la globalización (Mander y Goldsmith, 1996) puede ser no solamente inviable –dada la profunda imbricación actual entre lo local y lo global–, sino también indeseable, porque la solidaridad generada en la comunidad no se extiende a miembros de otras comunidades. Este tipo de solidaridad entre alternativas locales es fundamental para su supervivencia y para la consolidación gradual de una globalización cosmopolita. En el campo de la producción, la fragilidad de las alternativas hace necesaria su articulación entre sí –en condiciones negociadas para evitar su cooptación y desaparición–, con el Estado y con el sector capitalista. Esta articulación de economías plurales a diferentes escalas, que no desvirtúen las alternativas no capitalistas, es el principal desafío que enfrentan hoy movimientos y organizaciones de todo tipo que buscan otro tipo de desarrollo.

En busca de alternativas para el desarrollo

Los orígenes de las discusiones y de las prácticas sobre alternativas de desarrollo están próximos a los del desarrollo alternativo. De hecho, los

autores y organizaciones que abogan por las primeras formulan propuestas que coinciden parcialmente con las de los defensores del segundo –el énfasis en el lugar, la promoción de la autonomía comunitaria, etc.–. No obstante, al contrario de la visión del desarrollo alternativo –que propone modificaciones y límites al crecimiento, pero no cuestiona la propia idea de crecimiento económico–, las propuestas de alternativas al desarrollo radicalizan la crítica a la noción de crecimiento y, por consiguiente, exploran opciones posdesarrollistas. Escobar menciona estas dos características y localiza sus fuentes de la siguiente forma:

Desde mediados y finales de la década de los ochenta [...] surgió un conjunto de trabajos relativamente coherente que destaca el papel de los movimientos de base, el conocimiento local y el poder popular en la transformación del desarrollo. Los autores que representan esta tendencia afirman que no están interesados en alternativas de desarrollo, pero sí en alternativas al desarrollo, es decir, en el rechazo total al paradigma (Escobar, 1995: 215).

En la sección anterior explicamos el componente comunitario, popular y local; en ésta nos concentraremos en lo específico de las alternativas al desarrollo, es decir, en el contenido y las implicaciones del rechazo al paradigma del desarrollo económico. Probablemente la mejor forma de entenderlo sea enfrentar sus tesis ecológicas y feministas con propuestas ecológicas y feministas de desarrollo alternativo. En cuanto a lo primero, las posiciones ecologistas posdesarrollistas hacen una crítica radical a la idea de desarrollo sustentable. En los términos contundentes de Daly, «el desarrollo sustentable es imposible» (1996: 192). Tal como se utiliza actualmente, el término «desarrollo sustentable» equivale a «crecimiento sustentable» que, de acuerdo con Daly, es una contradicción. El crecimiento económico es imposible de sostener sin destruir las condiciones de vida sobre la Tierra. Según esta perspectiva, es imperioso cambiar la concepción de desarrollo. El único tipo de desarrollo sustentable es el «desarrollo sin crecimiento: mejoría con base física y económica que se mantiene en estado estable [...] dentro de las capacidades de regeneración y asimilación del ecosistema» (Daly, 1996: 193). El desarrollo entendido como realización

de potenciales, como pasaje a un estado diferente y mejor, está lejos de la idea de desarrollo como crecimiento, como incremento. Las actividades económicas pueden, en este sentido, desarrollarse sin crecer.

Una crítica paralela la han hecho las corrientes feministas contra la idea de incorporación de las mujeres al desarrollo. Contra la reivindicación de la importancia de las mujeres en el desarrollo como crecimiento (Women in Development, WID), autores y activistas feministas proponen el abandono del proyecto eurocéntrico, jerárquico y patriarcal de desarrollo. Según esta perspectiva –conocida como ecofeminismo (Women, Environment, and Alternative Development, WED)–, «la tarea no es solamente incorporar a las mujeres al modelo conocido, sino establecer un nuevo paradigma de desarrollo» (Harcourt, 1994: 5). Esto implica una transformación de la idea de desarrollo, basada en la recuperación de formas de entender el mundo que fueron marginadas por el modelo dominante, en las cuales las actividades económicas son solamente una parte de un conjunto de prácticas culturales a las que están subordinadas (McMichael, 1996). Tal como lo desarrollaron algunos de sus exponentes más representativos (Shiva y Mies, 1993), el ecofeminismo implica detener el desarrollo como crecimiento y adoptar un enfoque que dé prioridad a los medios básicos de subsistencia y esté centrado en las mujeres y en los niños.

La alusión a formas alternativas de conocimiento nos lleva a otro elemento central de las alternativas al desarrollo. Se trata de la reivindicación de la diversidad cultural y de la diversidad de formas de producir y de entender la producción, que existen hoy por todo el mundo, a pesar de la expansión de la economía capitalista y de la ciencia moderna. Ante la evidencia de los efectos sociales y ambientales perversos de la producción capitalista y de la cultura materialista e instrumental que la torna posible, la fuente de alternativas al desarrollo se encuentra en las culturas híbridas o minoritarias, de las cuales «pueden emerger otras formas de construir economías, de satisfacer las necesidades básicas, de vivir en sociedad (Escobar, 1995: 225). Estas culturas pueden, entonces, subvertir la hegemonía del capitalismo

y del conocimiento moderno. Por esta razón, según esta perspectiva, «la diversidad cultural es uno de los hechos políticos esenciales de nuestra época» (*idem*).

La resistencia al desarrollo como crecimiento y la formulación de alternativas basadas en culturas no hegemónicas sigue una tradición de pensamiento y acción que tuvo sus manifestaciones más importantes en la lucha contra el colonialismo. Probablemente, el ejemplo más destacado sea la idea del *swadeshi*, elaborada por Gandhi en el contexto de la lucha del pueblo indio contra el colonialismo británico, la cual se comenta en el capítulo de Sethi incluido en este volumen, En sentido estricto, *swadeshi* significa autonomía económica local basada en el «espíritu que nos exige que sirvamos preferentemente a nuestros vecinos inmediatos y que usemos las cosas producidas a nuestro alrededor en vez de las producidas en lugares remotos» (Gandhi, 1967:V). Esta estrategia de autonomía local fue crucial para el éxito de la lucha por la independencia de la India, la cual tomó impulso cuando los indios, exhortados por Gandhi, se rehusaron a comprar la sal vendida por los ingleses y debilitaron, de esta manera, la base económica del imperio británico. Sin embargo, como demuestra Kumar (1996), *swadeshi* es una forma de ver el mundo que implica alteraciones más profundas que la de la economía local. *Swadeshi* implica una actitud antidesarrollista frente a la producción y una actitud antimaterialista en relación con el consumo. Una vez que, de acuerdo con Gandhi, existe lo suficiente para satisfacer las necesidades de todos, pero no para satisfacer la ambición de todos, una alternativa al desarrollo implica una forma de ver el mundo que privilegie la producción de bienes para consumo básico, en vez de la producción de nuevas necesidades y de artículos para satisfacerlas a cambio de dinero.

Las propuestas que abogan por la superación del paradigma del desarrollo son hoy las más dinámicas y promisorias fuentes de alternativas de producción no capitalistas. En ellas participa un caleidoscopio de organizaciones y movimientos de todo el mundo, implicado en luchas muy

diversas que incluyen la resistencia de grupos indígenas de todo el mundo a los proyectos de desarrollo económico que ponen en peligro su cultura y, con ella, su supervivencia física, como la lucha del pueblo U'wa, en Colombia, contra la explotación por parte de la Occidental Petroleum en sus territorios ancestrales. Luchas similares, por la afirmación cultural y la protección del ambiente, a partir de una perspectiva antidesarrollista, proliferan actualmente en todo el mundo, impulsadas por una combinación de activismo local y redes de activismo global. Otros ejemplos visibles son el movimiento de los chipkos, en la India, contra la tala comercial de árboles, y la resistencia, en el mismo país, a la construcción de la represa en el río Narmada.

A pesar de que estos y otros movimientos muestran claramente los beneficios de la articulación de luchas locales y redes de solidaridad, nacionales e internacionales, en la búsqueda de alternativas al desarrollo capitalista global, en buena parte de la bibliografía y los programas posdesarrollistas hay un énfasis casi exclusivo en la escala local, comunitaria. En este sentido, las propuestas posdesarrollistas se exponen a riesgos semejantes a los que señalamos a propósito del desarrollo alternativo, es decir, a la reubicación de la comunidad y de la cultura local y al abandono de la aspiraciones de solidaridad más allá de la esfera local. Este riesgo es evidente, especialmente –y de hecho, celebrado– en algunas propuestas posdesarrollistas, basadas en un posmodernismo hiperdesconstructivista que niega la posibilidad de crear diálogos interculturales y de extender el alcance del pensamiento y de la acción más allá del ámbito local (Esteve y Prakash, 1998). Este radicalismo de lo local es producto de la construcción de dicotomías –«el pueblo» contra «los otros», tradicional contra moderno, sociedad civil contra Estado, comunidad contra sociedad, local contra global, sabiduría popular contra conocimiento moderno– en las que no cabe la posibilidad de un término medio ni las propuesta de articulación entre los términos confrontados. El resultado es un rechazo completo a cualquier forma de pensamiento y acción globales, incluso a aquellos que tratan de establecer nexos de solidaridad entre luchas locales. A la

«fantasía del pensamiento global» se opone la celebración de la diversidad local (Esteva y Prakash, 1998: 20).

Aunque las alternativas al desarrollo dependan, en gran medida, de la defensa de las alternativas locales y de las formas de vida y de conocimiento anticapitalista que éstas puedan representar, el pensamiento y la acción posdesarrollista tienen mucho que ganar si —como muestran las luchas de éxito que articulan el activismo social, nacional y global—, en vez de celebrar incondicionalmente la diversidad local, se esfuerzan por desarrollar propuestas que se desplacen a través de todas las escalas, dependiendo de las necesidades de la lucha concreta. La diversidad cultural que puede impulsar la búsqueda de alternativas al desarrollo «no es una fuerza estática, sino que es transformada y transformadora» (Escobar, 1995: 226). En este sentido, las comunidades capaces de impulsar alternativas al desarrollo son las comunidades-amiba y no las comunidades-fortaleza. Desde el punto de vista posdesarrollista, es necesario formular, contra el paradigma capitalista, un paradigma ecosocialista cosmopolita, en que los *topoi* privilegiados sean la democracia, la ecología socialista, el antiproduccionismo y la diversidad cultural (Santos, 1995: 484). De lo que se trata, en fin, para utilizar la afortunada expresión de la tesis de McMichael (1996), es de luchar por un «localismo cosmopolita» y plural, en el que las estrategias antidesarrollistas, de desarrollo alternativo, de cooperativismo y de socialismo asociativo, entre otras, generen espacios no capitalistas que apunten hacia una transformación gradual de la producción y de la sociabilidad hacia formas más igualitarias, solidarias y sustentables.

2. LOS ESTUDIOS DE CASO

Con base en el mapa exhaustivo de alternativas de construcción que presentamos en las siguientes páginas situamos los 10 estudios de caso que componen este volumen. Para eso, dividimos lo que resta de esta introducción en dos secciones. En la primera, con la finalidad de orientar al lector, describimos muy brevemente cada uno de los estudios; en la segunda,